

## Las enseñanzas de la Revolución Cubana

Por ARNOLDO FERRETO S.

La experiencia de la Revolución Cubana, como la experiencia de toda revolución victoriosa, trae aparejadas grandes enseñanzas para todos los revolucionarios, pero muy particularmente, para los que trabajan y luchan en condiciones semejantes, para quienes tienen por delante tareas históricas paralelas a las que ha cumplido esta Revolución.

Los partidos comunistas y obreros de la América Latina y en general todos los revolucionarios sinceros y honrados de nuestro Continente, están estudiando y han de estudiar aun más en el futuro, las ricas y valiosas experiencias de la Revolución Cubana. Bastaría con que fuera una revolución que habia nuestro mismo idioma, para ejercer una atracción y despertar un interés especial entre los estudiantes del marxismo-leninismo, entre aquellos que realizan diariamente la difícil tarea de aplicar a la realidad viva y cambiante de nuestros países latinoamericanos, las verdades científicas que les dejaron en herencia Marx y Lenin. Pero la Revolución Cubana, además de hablar en español, en español con acento mestizo, tiene la particularidad de que se ha desarrollado en un país hermano nuestro por su historia, hermano por razones étnicas, hermano por muchos de sus hábitos y, por encima de todo, por haberse enfrentado y haber derrotado en América, en sus propias barbas, al coloso imperialista, el mismo que todos los pueblos de la América Latina tienen que encarar y vencer para alcanzar su liberación.

Una de las particularidades interesantes de la Revolución Cubana, que invitan al estudio, es el del papel que ha desempeñado en ella el grupo de expedicionarios del Granma y, especialmente, el papel personal de Fidel Castro en la Revolución.

No cabe duda de que los expedicionarios del Granma, los hombres que acompañaron a Fidel Castro, y luego pelearon a su lado, tiene un gran mérito histórico. Blas Roca decía que el más importante de los méritos de Fidel Castro, y también de sus principales lugartenientes, consistió en descubrir la posibilidad de desarrollar en la Sierra Maestra, a base de un movimiento guerrillero, una lucha armada de masas que habría de adquirir y en efecto adquirió con el tiempo, proporciones capaces de expulsar del poder la dictadura de Batista.

Esta verdad no es bien comprendida en todas partes y en ocasiones induce a algunas gentes bien intencionadas a sacar conclusiones falsas. En efecto, es corriente oír a algunos revolucionarios surgidos de la pequeña burguesía, afirmar que la experiencia de la Revolución Cubana enseña que es posible que un puñado de hombres valientes y audaces se apoderen del Poder político y, ya dueños de él, logren crear las condiciones necesarias para llevar a cabo una profunda revolución social, una verdadera revolución, capaz de cambiar la estructura del régimen social imperante.

Esta conclusión es, además de falsa, peligrosa y nociva. Porque lleva a los que la sustentan a una actitud de menosprecio por el trabajo de propaganda, de agitación entre las masas, porque conduce al desconocimiento del papel del pueblo en la revolución. En nuestro país, hay algunas personas, entre las cuales figuran revolucionarios sinceros, que suponen que aun sin contar con las masas, sin crear en ellas un estado de conciencia determinado, y aun peor, que estando las masas populares bajo la influencia ideológica y política del imperialismo y la reacción, es posible tener éxito con una revolución fraguada y realizada por un puñado de hombres.

Como otros movimientos guerrilleros, también el de Fidel Castro enseñó que la actividad del guerrillero no consiste sólo en librar la lucha armada, sino que éste es a su vez un agitador y un organizador y que, por tanto, una guerrilla puede ayudar a crear en una región un estado de conciencia revolucionaria. Pero esto no niega sino que confirma la tesis del materialismo histórico de que las revoluciones las hacen los pueblos y de que, sin contar con las masas no se puede hacer nunca una revolución verdadera.

Estos argumentos le deben de traer un poco de tranquilidad a ciertos círculos de nuestra oligarquía y de las propias esferas del Gobierno, que parecen de veras asustadas ante la posibilidad de que los comunistas estemos fraguando un golpe de estado. No, los comunistas no fraguamos "golpes de estado". Nosotros fraguamos "revoluciones", y las verdaderas revoluciones, sólo pueden realizarse a base de un estado de conciencia de las masas, a base de la acción de las masas. A este propósito hay que decirle a nuestra oligarquía que las masas de un pueblo no se deciden a hacer la revolución de una manera violenta, o mejor dicho, no toman la decisión de lanzarse a la conquista del poder con las armas en la mano, hasta que las clases gobernantes no las convencen de que no existe ninguna posibilidad pacífica y legal de cambiar el orden social existente. Por tanto, si nuestra oligarquía quiere tener un país pacífico, quiere que el pueblo no tome la determinación de conquistar el Poder por el camino de la violencia, no tiene más que brindarle a las masas las posibilidades de lucha pacífica que un régimen democrático verdadero supone. Desgraciadamente, mal aconsejados y azuzados por el imperialismo yanqui, nuestros círculos oligárquicos gobernantes están tomando el camino opuesto, el camino de cerrar al pueblo las posibilidades pacíficas y legales de resolver sus problemas.

La experiencia cubana no sólo lleva a algunos a deducciones equivocadas respecto a la cuestión que estamos planteando, sino también en cuanto a otra cuestión teórica muy importante. Nos referimos al papel de las clases en la revolución. Algunos consideran que el hecho de que hombres como Fidel Castro, Raúl Castro y el Ché Guevara y otros, salieran de las filas de la pequeña burguesía revolucionaria, significa que en América Latina, por ejemplo en nuestro propio país, es posible que la pequeña burguesía asuma la hegemonía en el movimiento revolucionario.

Este planteamiento lo que indica es que las personas que lo piensan confunden las clases con el origen de clase de las personas. Todos sabemos en Costa Rica que Manuel Mora fue el fundador del Partido Comunista. Y Manuel, aunque hijo de un artesano, emergió al movimiento revolucionario salido de las filas estudiantiles, es decir, de las filas de la pequeña burguesía. Pero sería absurdo deducir de eso que el partido que él fundó, el Partido Comunista, fuera, aun en sus comienzos, un partido de la pequeña burguesía. Con las limitaciones, errores y fallas de todo movimiento que nace, y particularmente, que nace y se desarrolla en un país con un proletariado muy débil como es el nuestro, el Partido de los comunistas de Costa Rica fue desde un principio, un partido proletario, un partido organizado y orientado conforme a la ideología de la clase obrera, un partido marxista-leninista de la clase obrera.

El carácter de la Revolución Cubana y la cuestión de la clase que la dirige, debe deducirse de hechos tales como cuál es la clase social que presta apoyo principal y decisivo a la revolución, la cuestión de cuál es la clase que más fácilmente comprende y asimila los objetivos de la revolución, la cuestión de cuál es la clase que tiene menos titubeos y finalmente, hay que tener en cuenta cuál es la doctrina que orienta la revolución, la doctrina de la pequeña burguesía, titubeante y capituladora, como la que sustenta don José Figueres en Costa Rica, o la doctrina de la clase obrera: el MARXISMO-LENINISMO.

El hecho de que la Revolución Cubana, haya coronado decididamente las tareas de la revolución anti-imperialista y anti-feudal y haya emprendido la tarea de construir el socialismo, demuestra que en la teoría y en la práctica se guía por las enseñanzas del marxismo-leninismo, por la teoría de la clase obrera revolucionaria.

En esencia, los hechos de Cuba demuestran que Fidel Castro, el Ché Guevara, Raúl Castro, Dorticós y otros, han abrazado la filosofía de la clase obrera, están utilizando como instrumento de su lucha, la teoría científica del marxismo-leninismo.

Puntos  
sobre las  
... íes... de

adelante

### ¿Será bajo el gobierno de Mario Echandi?

Una misión militar del ejército de Guatemala llegó a San José para cursarle una invitación al Gobierno de don Mario Echandi.

La invitación es para asistir a una reunión de los Estados Mayores de los ejércitos de los países centroamericanos, a celebrarse en Guatemala City, a mediados de Septiembre. En dicha reunión se tratará de "uniformar" los métodos y la vida orgánica de los cinco ejércitos de América Central.

Según "La Prensa Libre" del miércoles, los coroneles de Costa Rica, que tienen igual grado oficial en el ejército de los Estados Unidos, aceptaron encantados la invitación. No se sabe, en cambio, lo que hayan pensado el Presidente Echandi, que es abogado y civilista, y el Ministro Vargas Gené, que es un intelectual.

Lo que sí se sabe es que la invitación le ha caído al pueblo como una patada en la boca del estómago. Si alguna desgracia nos puede ocurrir a los ticos, es tener aquí algo como la Guardia Nacional de Nicaragua, como la constabularia de El Salvador, como los machetones con uniforme de Honduras o como los señores de horca y cuchillo que mandan en Guatemala.

Además, constitucionalmente, en Costa Rica no hay ejército. Ni lo debe haber. Sencillamente no lo necesitamos. Si acaso una pequeña fuerza para impedir que la Guardia Nacional de Nicaragua se meta en nuestro suelo a robar ganado y quemar casitas. ¿Cuál ejército van a "uniformar" con los del resto de Centro América, si legalmente no hay ejército?

Convertir a nuestra Guardia Civil en una tropa de matones y asesinos legales es el ideal de la Misión Militar Norteamericana que existe en Costa Rica. Esa Misión se lleva a nuestros muchachos a la Zona del Canal, Panamá, para desmoralizarlos, para enseñarles la manera de deshacerle el cráneo a un obrero que proteste; la forma de silenciar a un intelectual; la manera de imponerse brutalmente al pueblo cuando quiera protestar.

Los batistianos se están llevando a nuestras muchachas a los cabarets de Panamá para envilecerlas. Los coroneles yanquis se llevan a nuestros guardias civiles al mismo país para lo mismo: prostituirlos y envenenarlos.

El imperialismo yanqui, que ha deformado nuestra cultura con sus películas, con su televisión y con su radio, con su "modo de vida" inmoral y podrido, también trata de deformar nuestra democracia: que no haya libertad de prensa, ni de reunión, ni de elegir y ser electos, y que exista en Costa Rica un ejército uniforme con la Guardia Nacional de Somoza. He aquí el ideal de la Misión Militar Norteamericana en Costa Rica.

Pagan a un tal Bouza, jefe militar calderonista de los invasores de Coyotepe, y a un tal cubano de apellido Castellanos, para que formen grupos de agresión contra líderes obreros y políticos costarricenses, adversarios del imperialismo. Los instruyen en diversas formas de asesinar. Y lo declaran públicamente.

La masa de esos grupos de asesinos potenciales la están reclutando entre los calderonistas que se entrenaron en Coyotepe para invadir a Costa Rica en 1955. ¡Indigna que hasta a eso hayan llegado algunos calderonistas!

En la administración de don Jesús Jiménez, con don Eusebio Figueroa de Ministro General, se terminó en Costa Rica con la hegemonía de las armas en nuestra vida política y republicana. La Constitución del 49 reafirmó esa tradición. Pero ese progreso democrático no da "seguridad" a los inversionistas yanquis. Tal es la razón de obligar al país a retroceder cien años.

Hay que darle seguridad a la United y a la ALCUA y a las compañías petroleras y a todos los explotadores de nuestras riquezas para que nos chupen la sangre en paz. Seguridad para ellos, aunque el pueblo entero, y no sólo los obreros y campesinos, viva en la inseguridad que le da un ejército como la Guardia Nacional de Somoza.

El pueblo, en el fondo limpio de su conciencia, sabe lo que pasa y madura sus actuaciones futuras con calma y decisión.

Costa Rica no será convertida en otra Nicaragua.